

Humboldt había estado mucho rato sin proferir una palabra. Al fin dijo con profunda gravedad:

—Así se pierden las generaciones de los hombres; así la historia de los pueblos. Sin embargo, cuando se marchita toda flor del espíritu; cuando se destruyen con el trascurso del tiempo las obras del arte creador, brota una vida nueva y eterna del seno de la tierra. Incesantemente desarrolla sus fuerzas la naturaleza engendradora, sin hacer caso de que el hombre perverso, que pertenece á una raza irreconciliable, pise la fruta madura. (1)

(1) Palabras textuales de Humboldt delante de la cueva de Ataruipo. "Vistas de la naturaleza, tom. I., sobre las cataratas del Orinoco, cerca de Atures y Maypures.

CAPITULO XI.

Entre los Caribes.

Los rayos del sol, en su ocaso, caian sobre los troncos de los colosales árboles de Sapacuya, inundando de luz un claro de uno de aquellos inmensos bosques vírgenes y casi impenetrables, del Orinoco superior. Las puntas majestuosas de los gigantescos árboles con sus hojas color de rosa, brillaban en el crepúsculo, produciendo un hermoso é indescriptible efecto. El *Curiy*, especie de pino cuya semilla se come; el árbol de incienso; el odorífero palosanto, y el *Aguarabay* con su valiosa y apreciada resina, estaban mezclados entre ellos, enviando sus perfumes á lo lejos.

Muy alto, en las cimas de los árboles, se hallaban numerosas bandadas de *picazas* con sus hermosos plumajes y sus largos picos, haciendo oír su canto semejante á *¡Gujake-ke-ke-ke!* con una monotonía fatídica, contestando con la misma monotonía un canto de indios. En este claro del bosque estaba situada una ranchería de indios, compuesta de unas sesenta ú ochenta chozas, que en sencillez quedaban todavía muy atrás de las construcciones del castor. Cuatro postes de palo fijados en el suelo, formaban las esquinas, y pedazos de madera puestos unos sobre otros, las paredes. El techo estaba construido de hojas de palma, dejando entrar por un agujero la luz y el aire. Otro agujero en la parte delantera de las chozas servía de puerta. En el interior se veían hamacas fijadas de los postes; también estaban allí colgadas las macanas, los arcos de una longitud de siete pies, con flechas de cinco de largo, y cuyas puntas están envenenadas; en esta circunstancia fundan estas tribus de indios su orgullo, pues consideran su arma como la mejor. Algunas ollas toscas de barro, canastos de tallos de palma, con raíces y yuca, vasos también de barro y un tronco de árbol ahuecado para moler el maíz; todo esto constituía el resto del menaje.

En el suelo se movían algunas tortugas con la lentitud que les es propia; mientras guajolotas con sus polluelos, animaban la escena de alguna manera.

Las chozas se hallaban en aquel momento desprovistas de gente, porque todos los habitantes estaban reuni-

dos en una gran plaza, para celebrar una especie de fiesta.

Era la de la preparación del *Curare*, uno de los venenos más activos que se conocen.

Todos, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, estaban enteramente desnudos. Esta desnudez de los cuerpos, generalmente hermosos y fuertes, no habría sido tan repugnante, si no hubieran estado teñidas su cara y manos con *Onote*, [*Rocou*.] (1) Parecía que llevaban en su cuerpo desnudo máscaras y guantes encarnados; contrastando notablemente el blanco de sus ojos y dientes con el color de su semblante, cuya expresión feroz se aumentaba aún más por este contraste.

También las mujeres casadas y las jóvenes, con los cabellos untados de aceite de tortuga, llevando en las trenzas largos manojos de plumas de papagayo, al rededor del cuello collares de semillas, perlas de cristal ó cintas compuestas con una verdadera habilidad, con dientes de monos y tigres, se habían pintado con onote; pero no la cara, sino las espaldas, el pecho, el vientre y los muslos.

La pintura de muchas consistía en una especie de cuadritos con líneas negras que se cruzaban sobre un

(1) *Onote* [*Rocou*] es la materia colorante que usan casi todas las tribus del Orinoco para pintar sus cuerpos. Es el jugo de la fruta de la *Bixa orellana*.

fondo rojo. En el centro de cada pequeño cuadrilátero habia un puntito negro. (1)

Y estos hombres, temibles ya en su aspecto exterior, pero verdaderamente espantosos con esta pintura de fiesta, estaban sentados en cuclillas sobre conchas de tortuga, formando un inmenso círculo. Tenian arcos y flechas en las manos, y no se movia nadie lo mas mínimo. Como si por encanto estuviesen todos petrificados, parecian estatuas de bronce; mientras las mujeres y jóvenes que se hallaban en el centro de este círculo, preparaban con un canto monótono y lúgubre, el veneno de la fruta *Mavacure-liane*; pero estando oculto este veneno en la astilla de la planta, era la tarea de las muchachas sacarla y partirla con piedras en hilos muy delgados. La masa amarilla recibia entónces por manos de las mujeres una infusion fria, que se evaporizaba despues en un gran caso de barro colorado.

La última operacion era la principal, por cuyo motivo se encargaban de ella solo las mujeres de los jefes, y

(1) Humboldt dice en sus "Viajes á las regiones equinociales," respecto de este trabajo, que para su ejecucion se necesita una paciencia increíble. Vió á una india que se hizo pintar de este modo por dos de sus hijas. Habia ido entre tanto con Boupland á una excursion botánica y cuando volvió, aún no concluian ni la mitad de la operacion.

Así como entre nosotros se dice de un hombre muy pobre: "no tiene recursos para vestirse," de un modo análogo se dice entre aquellas tribus salvajes: "Es tan miserable, que no puede pintarse el cuerpo."

las de los guerreros mas valientes. Mientras dos de ellas meneaban la masa de este veneno mortal, contra cuyo efecto terrible é instantáneo no se conoce ningun antidoto, estaban las otras en cuclillas al rededor de la lumbre que mantenian, echando de cuando en cuando nuevos pedazos de leña.

Un aspecto repugnante ofrecian indudablemente treinta ó cuarenta monos asados que habia al rededor del fuego, ensartados en asadores de bambú, y que parecian momias ó niños quemados. (1)

Los indios se complacian con la vista que les ofrecia este manjar de monos asados que era delicioso para ellos; pero que á los ojos de un europeo era muy repugnante, porque recordaba que estos pueblos debian haber sido ántes antropófagos.

Y sin embargo, cuatro bellos ojos miraban este horrible cuadro, porque detrás del círculo de los hombres se hallaban en pié, rodeadas de guerreros armados, Arabela del Toro y Julia Sanchez. Se encontraban ya libres de ligaduras y con los mismos vestidos que llevaban aquella noche terrible en que el Diamante se convirtió en cenizas; pero sus rostros estaban pálidos y sus ojos habian perdido algo de su brillo. Y sin embargo, manifestaban las facciones de Arabela cierta energía y resolucion, como si ella, prisionera y

(1) Descripción verdadera de la fiesta del Curare.

llevada á lejanos bosques vírgenes, tuviese el poder de una reina, pues también allí conservaba su altivez; mientras que Julia, semejante á una hermosa flor doblada por el viento, se replegaba á Arabela, apoyando sobre sus hombros su brazo derecho, é inclinando su abatida cabeza sobre el pecho de su amiga.

Ambas presenciaban con repugnancia la fiesta de los salvajes, á lo cual las habían obligado, como lo demostraba la guardia que se hallaba custodiándolas.

La escena, que hasta entónces había sido muy monótona, se hizo repentinamente mas animada.

Las jóvenes indias habían concluido su tarea. La masa en que estaba contenido el veneno se hallaba en el caso, concentrándose por la evaporacion como el último acto del confeccionamiento, quedando á su cuidado algunas mujeres, á cuyo derredor se habían agrupado las muchachas, y todas estas gentes fijaban sus miradas estúpidas en la lumbre, dejando oír continuamente aquel canto de tan horrible monotonía, compuesto de dos ó tres sonidos.

Los hombres ya se habían puesto en pié, á excepcion de un pequeño grupo de cinco ó seis de los mas altos y mas hermosos guerreros, que probablemente eran los jefes de la horda, aunque en nada se distinguían de los demás, si no era en unas pieles de tigre que cubrían sus espaldas y sus hombros; pero en el centro de este grupo había un anciano, cuyas graves facciones caracterizaban

cierta expresion de superioridad. Su continente altivo, tranquilo y mesurado, unido al respeto que le tributaban los demás, daba á conocer que era el *Apoto* ó jefe de la tribu. Además, parecía ser el padre de dos jóvenes guerreros que se hallaban á su lado, altos y bien parecidos, teniendo sus facciones gran semejanza con las del anciano.

Y así era en efecto, los dos jóvenes que habían traído como botin de guerra á Arabela y á Julia, eran hijos del *Apoto*.

Mediante una seña del anciano comenzó la danza sagrada de la fiesta, que consistía en que todos los indios, jóvenes y viejos, formando círculo se movían lentamente de derecha á izquierda con una silenciosa gravedad. Cada uno tocaba una especie de flauta, levantando ó inclinando las rodillas para dar el compás. Todo esto se hacía con la melodía lúgubre, ya mencionada.

Esta escena duró una hora entera, porque este tiempo necesitaba el *curare* para su concentracion.

Al fin, apagado el fuego debajo del caso, y concluida la danza, se levantó el *Apoto* con su séquito, retirándose á la vez del caso de barro, las mujeres y muchachas.

Luego se pusieron en movimiento los jefes, llevando á su cabeza al anciano, y seguidos de los demás guerreros, se acercaron á la vasija que contenía el terrible veneno, introduciendo en ella, uno tras otro, las puntas

e sus flechas. Al fin anunció un terrible alarido de júbilo, que causaba espanto, haberse terminado la ceremonia, porque el último y mas joven de los guerreros, acababa de envenenar sus flechas.

El caso, con el resto del veneno, fué llevado á la choza del Apoto, y luego sirvieron las mujeres los horribles asados de mono, las bebidas fermentadas, etc., retirándose en seguida con timidez, como un rebaño de ovejas amenazado de lobos, porque sabian que iba á seguir una completa y desenfrenada orgía, y temian el mal trato que se les esperaba, luego que el guarapo (1) hubiese producido sus efectos.

Tambien Arabela y Julia, se vieron dispensadas de seguir presenciando la fiesta, que iba á continuar por el lado sombrío y mas terrible, pues antes del envenenamiento de las flechas, habian encargado los guerreros la custodia de estas dos niñas, á las mujeres de los hijos del Apoto, que cada uno tenia algunas, porque se usaba entre ellos la poligamia.

Julia se estremeció al observar esto, porque temia, mas que á los guerreros, á estas mujeres desnudas, sucias y perversas; mientras que Arabela se erguia mas y abrazaba á su amiga.

(1) El jugo fermentado de la caña de azúcar, bebida muy embriagante.

—¿Qué tienes, querida mia? preguntó ésta á Julia, con voz suave, pero temblorosa, indicando demasiado el dolor y los propios temores.

—¡Oh! dijo Julia con voz muy baja, desmayándose casi por el temor. Vuelven estas terribles mujeres y nos separarán.

—No nos dejaremos, contestó Arabela.

—¿Qué podremos hacer nosotras, pobres seres abandonados, contra el gran número de estas harpías?

—Les opondremos la fuerza de nuestra propia voluntad y el poder de la energía fememil, dijo Arabela, con firmeza y gravedad.

—¡Oh! dijo Julia con un suspiro; esto tiene mi amiga, pero yo.....

—¿Y por qué no tú tambien? ¿no has oido decir acaso, que una mirada firme y decidida de un hombre, puede dominar á una béstia feroz? ¿y por qué la nuestra no ha de producir el mismo efecto en estos seres miserables, que no son mas que las esclavas de esos salvajes? yo te digo, que ninguna de esas criaturas asquerosas se me ha acercado.

—Tú sufres injustamente, y esto te hace fuerte.

—¿Tienes acaso tú, alma inocente, la culpa de esta desgracia?

—Yo no, contestó Julia con un suspiro doloroso; pero sí mi familia.

—¿Vuelves otra vez con esta preocupacion?

—No es preocupacion, Arabela. Dios es justo, y su maldicion ha caido sobre nosotros. Mis padres y hermano han debido pagar con la vida sus ultrages inferidos á la humanidad, y á mí me ha condenado la cólera divina á sufrimientos mas graves.

—Tú no tienes participio alguno en sus acciones.

—Pero como hija, tengo parte en la maldicion que cayó sobre ellos. ¿No dijo Dios á Moisés, que visitaria las iniquidades de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion? Por esto es, que debo resignarme á lo que me sobrevenga, y solo tu desgracia me despedaza el alma.

—Deja esos pensamientos, la suplicó Arabela, porque enervan completamente tu fuerza moral, y de ésta necesitamos ante todo.

—No puedo, contestó Julia, volviendo á suspirar. Dios quiere que yo sea castigada por causa de mis padres, y yo beso con lágrimas la mano que me castiga. Yo sucumbiré, y así debe ser, porque es preciso que la familia de los Sanchez desaparezca enteramente de la tierra. Procura tú salvarte, y déjame entregada á la cólera del Señor.

Iba á contestar Arabela, cuando se les acercó un grupo de mujeres.

Tímidas, como perros acostumbrados á recibir golpes, circundaban por mucho rato, con miradas medrosas y

suspicaces, á las dos niñas que se tenían abrazadas. Eran las mujeres de los dos gefes que habian robado á Julia y Arabela. Odio contra los blancos, al mismo tiempo que envidia y celos, llenaban los corazones de aquellas indígenas, porque en vista de estos seres encantadores ¿no corria peligro de desaparecer hasta el último vestigio de su influencia hácia sus maridos? ¿no sabian tambien que los blancos eran los perseguidores de su raza? y á pesar de esto, ¿no habian destinado sus maridos á estas niñas para sus mujeres? ¿qué las aguardaba entonces, si esto se verificaba? Serian esclavas, ó animales de carga, y nada mas.

El furor ardia en sus corazones, y no pudiendo matar á estas niñas, les aguijonaba el odio, la envidia y los celos para atormentarlas.

Como lobas hambrientas, las asechaban, y se estendian algunas manos tímidas sobre sus vestidos, de que las habrian despojado de buena gana, para prepararse ellas un adorno..... y sin embargo, ninguna se atrevió á ello..... porque..... la mirada altiva y firme de Arabela, al mismo tiempo que su noble continente, las imponia respeto como por encanto.

Julia se replegaba temblando á su amiga. Una gran lucha se operaba en ella. Su piadosa exaltacion le mandaba someterse sin condicion alguna á lo que Dios dispusiera, y sin embargo, resistia su débil corazon femenino, en natural timidez, y se horrorizaba su alma al pensar en las cosas que debian sobrevenirle.

Esto notaron las indias y pronto resolvieron emplear un ardid; para lo cual hablaron en su idioma con el objeto de ponerse de acuerdo.

Arabela conservaba su posición, tenía los ojos fijos en cada una de las indias que se acercaban á ella: éstas formaron un círculo estrecho al rededor de las dos cautivas, y de este modo era imposible para Arabela dominar á todas con sus miradas. Al mismo tiempo comenzó la más atrevida de las indias, á hablar con Arabela en español que entendía un poco, por haber sido esclava en uno de los ingenios. Decía que no tenían miras hostiles, y solo querían que se fueran con ellas á la choza de «El Uña de Aguila.»

Mas Arabela, que comprendió la astucia en esta mujer, le contestó en tono orgulloso é imperativo. Repentinamente se oyó un grito, porque mientras había hablado Arabela, se pusieron boca abajo unas indias, y arrastrándose en el suelo lograron agarrar los piés de Julia con tal fuerza, que ésta cayó al suelo dando un grito. Con gran júbilo se apoderaron de ella, mientras otras cuatro de estas harpías se precipitaron sobre Arabela, logrando atar sus brazos.

Julia prorumpió en gritos desgarradores; pero pronto le taparon la boca con hojas, llevándola al wigwam, que pertenecía al marido de una de ellas. Una alegría diabólica brillaba en los ojos de estas mujeres, y como sabían que en aquella noche no debían volver los hombres

por estar embriagados con el guarapo, conferenciaron sobre la manera de vengarse de Julia. Luego se precipitaron sobre ella, como lobos sobre las ovejas, y la despojaron de su túnico, que le arrancaron á pedazos.

Julia estaba temblando; pero el pensamiento que dominaba en su espíritu, se apoderó de ella en toda su fuerza: sufría por los crímenes de su familia, y juzgaba que Dios la había destinado á ser una víctima expiatoria, para atenuar el castigo de sus padres en la otra vida. De este modo le vino repentinamente el valor para sufrir, y aun casi el entusiasmo para un martirio, al grado de aceptar con fanática alegría los malos tratamientos.

Entre tanto, las mujeres se habían adornado, á su modo, con los pedazos del túnico, manifestando en sus miradas la alegría de una vanidad satisfecha; pero esta alegría pronto se convirtió en el sentimiento de la maldad y la venganza, tan dominante en ellas, porque siendo constantemente tratadas por sus maridos como bestias de carga, y con golpes y puntapiés, no podían privarse del placer de abusar también de su fuerza en esta ocasión, atormentando á una niña, que tenían bajo su férula.

Hicieron á Julia que moliera maíz en una piedra que le pusieron delante, obligándola á que se arrodillase, y la indicaron por señas el trabajo que tenía que ejecutar; trabajo bastante fácil para las indias acostumbradas á él todos los días; pero demasiado difícil y penoso para

Julia. En seguida, aquellas harpías la rodearon y la daban muchos golpes y arañes, haciéndola caer al suelo continuamente brotando sangre. Ella no gritaba ya, sino que gemía, y dirigiéndose á Dios, le daba gracias por haberla designado para expiar los crímenes de sus deudos.

No cesaron de estrecharla á moler el maíz, sino hasta que vieron que sus fuerzas se habian agotado. Entónces se apoderó de ellas una especie de frenesí, propio de sus naturalezas salvajes, asemejándose á las béstias feroces, porque acostumbradas á matar á uno de sus hijos recién nacidos, cuando son gemelos, para libertarse del ludibrio general que ocasiona á las madres la preocupacion salvaje, entre los caribes, contra la que pare gemelos, (1) ¿de dónde les habian de venir los sentimientos humanitarios?

Por consiguiente, cuanto mas se debilitaba Julia, mas furiosas caían sobre ella, hasta que despues de haberla dejado enteramente desnuda, la encerraron en un pequeño cuarto donde habia cinco ó seis cerdos.

Allí, en medio de la oscuridad, entre los animales, que se le acercaban con sus hocicos frios y húmedos...

(1) Viajes, tomo 2º, pág. 260. "Parir gemelos es para las mujeres de los Caribes exponerse á la burla general, considerándose como las ratas que paren muchos hijos á la vez. También matan luego que nacen á las criaturas de constitucion débil."

allí la abandonó casi la última fuerza del cuerpo y del espíritu, ya habia caído al suelo, medio desmayada, cuando oyó una terrible gritería de las mujeres, y luego se abrió la puerta del cuarto, apareciendo en ella la figura de Hércules de un indio, en quien Julia reconoció al hijo del Apoto que la habia llevado..... se sintió agarrar y levantar por sus brazos musculosos: luego se desmayó, y ya no supo de sí.

Por lo que respecta á Arabela, luego que la agarraron por detrás las cuatro mujeres y ligaron sus brazos, tambien habia prorumpido en un grito; pero este grito fué de indignacion y de cólera.

—¡Atrás! exclamó á la vez, libertándose de las mujeres con un movimiento brusco y audaz, de manera que estaba en pié como una reina, aunque con los brazos ligados.

—¡Desatad mis brazos! continuó, soy la hermana del Gobernador de Varinas. Si sabe que me habeis ultrajado, os aniquilará.

Pero solo una de las mujeres entendió estas palabras. Era aquella que habia sido esclava, y que la habia hablado ántes. Sin embargo, el tono tan decidido con que pronunció aquellas palabras, impuso á las demás mujeres, haciéndolas retroceder. Solamente aquella que la entendió, dijo:

—Primero venir Gobernador..... Caribes ser léjos, muy léjos de Varinas.

—¡Quítame las ligaduras, miserable! contestó Arabella, llena de cólera y de desprecio. Aunque estemos lejos de Varinas y de San Fernando, el Gobernador vendrá y os encontrará. El buscará á su hermana hasta el fin del mundo, si fuere necesario.

—No poder matar á Caribes, dijo la esclava, como burlándose, si no tener Caribes. Ellos estar vigilantes... alegrarse tener pellejo blanco..... vengarse de esclava pobre en muchacha blanca..... querer atormentarla ahora, como amos atormentar pobres negros y esclavos caribes.

Y echándose al suelo, procuraba agarrar los piés de Arabella, como lo habian hecho con Julia.

Arabela comprendió luego su intento, y se estremeció como si hubiera corrido por sus venas plomo derretido, porque conoció que estaba perdida si la india lograba su intento. Solamente en pié podria dominar con sus palabras á estos seres brutales. Una vez en el suelo, seria víctima de sus atroces venganzas, y este pensamiento la atormentaba como si la introdujesen un puñal en el corazon. ¿Cómo salvarse pues?

Junto á ella habia un pino con robusto tronco. De un salto se refugió en él, dejando cubierta su espalda. Semejante á una leona que se ve acometida por enemigos superiores, y resuelta á defenderse, esperaba á la india, que arrastrándose en el suelo cual venenosa serpiente, acechaba sus movimientos. Así empezó una

lucha original, que en la desesperacion y furor parecia en verdad la de una leona con una serpiente.

Ya se habian arrojado al suelo las demás mujeres para tomar parte en la lucha, y una de ellas habia agarrado un pié de Arabella..... cuando un grito de terror resonó al rededor de ellas.

Inmóviles, y con las caras sepultadas en el polvo, quedaron todas las mujeres del grupo.

Arabela echó una mirada sorprendida sobre lo que la rodeaba..... y quedó atemorizada al ver junto á sí una figura alta é imponente, cuyos ojos brillaban como estrellas en su cara colorada, y cuyos blancos cabellos parecian, á la luz de la luna, una corona de plata.

Era el viejo Apoto ó jefe de la tribu, que con una gravedad siniestra miró al grupo de mujeres que estaban delante de él, acostadas en el polvo.

Arabela respiraba, porque los pocos dias que hacia que se hallaba en el campo de los caribes, habian sido suficientes para que aquel anciano le inspirase estimacion y respeto, porque conservaba su dignidad, y toda la horda le veneraba y le queria.

—¿Por qué tiene los brazos ligados la niña blanca? preguntó en tono casi solemne.

Ninguna respuesta dieron las mujeres. Solo lamentos medio reprimidos creyó percibir Arabella.

—¿No recibirá contestacion alguna el *Una de Aguila*? preguntó de nuevo el Apoto.

Las mujeres guardaban siempre silencio.

El anciano quedó inmóvil; despues, dirigiéndose á Arabela, la dijo en muy buen español.

—La niña blanca está sola; ¿dónde ha dejado á la compañera?

—La han separado de mi lado por la fuerza, contestó Arabela con voz firme, y la han arrastrado de los piés para martirizarla, satisfaciendo así su odio contra ella. Tambien conmigo querian hacer lo mismo, por eso tengo las manos atadas.

El Apoto guardó silencio por algun rato, luego levantó su cabeza con dignidad, y dijo:

—El odio es una mala fruta; pero los blancos la han sembrado.

—¿Y cree el Gran Jefe, contestó tranquilamente Arabela, que las dos pobres niñas que habeis robado cruelmente hayan sembrado tambien el odio?

El Apoto volvió á guardar silencio por algunos minutos, luego preguntó á Arabela:

—¿Sabe mi hija por qué la piel de su tribu es blanca?

—Ella está ansiosa de conocer sobre esto la opinion del Gran Jefe, contestó Arabela.

Esta contestacion y el espíritu firme y tranquilo de la niña, pareció que agradaron al Apoto. Sus facciones se hicieron ménos duras, y repuso:

—Entónces, que la oiga mi hija. El Gran Espíritu ha criado al hombre con la piel oscura, y lo ha hecho fuerte y libre; pero cuando se cometió el primer homicidio, y el Gran Espíritu preguntó al asesino: «¿dónde está tu hermano?» se estremeció tanto el agresor, que palideció todo su cuerpo..... y..... sus descendientes conservan hasta hoy sus caras pálidas.

Estas palabras tranquilamente pronunciadas, envolvian una acusacion tan terrible y tan cierta, que hicieron estremecer á Arabela como si hubiera oido una sentencia del juicio final.

¡Cuán grande é inextinguible era el odio que los blancos habian sembrado entre los pueblos indígenas, con su sistema de opresion y de tiranía! Y ¿qué podia esperar Arabela donde este odio habia echado tan profundas raices?

Sin embargo, no se desalentó. Recobrando pronto su acostumbrada energía de alma, dijo:

—El Gran Jefe tiene bajo su mando muchos valientes y fieles guerreros; ¿pero será responsable si alguno de ellos hace una traicion? ¿castigará en pobres niñas las faltas cometidas por hombres y mujeres de su tribu, de corazon duro?

Siguió una pequeña pausa, luego dijo el anciano:

—El *Uña de Aguila* no pretende echar la culpa al que nó la tiene; pero como la lluvia cae sobre los bosques, despertando innumerables gérmenes, así ha corrido la